

Las Turbas, ese misterio

8. III - 1979
Por Andrés GALLARDO

Hace poco tiempo, unos muy queridos madrileños, estudiantes ellos, se me presentaron con una papeleta difícil de resolver. En su universidad se había planteado la importancia de nuestras Turbas de Semana Santa, como fenómeno sociológico. Y aquí estaban dispuestos a rebuscar datos sobre su origen y desarrollo. Uno, sensible a la juventud y a la Historia, trata de ayudarles con sus pocas fuerzas, y así hoy les digo a esos estudiantes lo poco que he podido recoger por aquí.

Dejando aparte otras teorías sobre sus orígenes —que muy bien pudieran tener sólida base— creo que el origen de las Turbas no es, ni con mucho, tan antiguo como algunos pudieran creer, quizás no se remonten más allá de los sesenta o setenta años. Los más viejos del lugar, como suele decirse, me lo han contado.

Hace esos años que digo, se pensó en crear un grupo que hiciera burla a Jesús con la cruz a cuestas, como lo hicieron los judíos en su día. Se buscó a gente que se prestara a ello, sencillamente como figuras de una representación. Y se dio con unos humildes artesanos de por el barrio de San Martín, que accedieron a representar a los judíos, mediante un estipendio y otra ayuda económica para el vino que pudieran consumir durante la noche santa, fría todavía en estas latitudes. El grupo primitivo parece estuvo formado por los Pataco y los Planchas, con algunos amigos suyos más. Ahí empezó la cosa.

Todos cuantos me han informado están de acuerdo en que representaban su papel con una seriedad y un respeto verdaderamente admirables. Su cometido consistía en esperar por las esquinas y lugares estratégicos la

aparición del Jesús de la mañana, y apenas hacía su aparición, callaban los tambores que batían y soplaban por las boquillas adosadas a las alcuzas que servían de instrumentos, arrancando de ellas unos sonidos agudos y lastimeros. Cuando terminaban de sonar esta especie de trompetillas, volvían a batir los tambores. Era difícil hacer sonar tales instrumentos, se necesitaba mucho pulmón; esto me lo han corroborado músicos que apenas podían arrancarles tales notas estridentes.

Antes de salir las procesiones, en la alta madrugada, los turbos, un grupito apenas, iban a las casas de los Hermanos Mayores y con su serenata les despertaban para que acudieran a la procesión. Bebían, sí, pero nunca se les vio borrachos. Lo de la procesión de los borrachos, con que se conoció la de las seis, debió ser cosa mucho más reciente; porque aquellos primeros turbos, repito, que fueron gentes humildes, pero con un sentido de su responsabilidad extraordinario.

Luego ya vino la formalización de qué lugar debían ocupar los turbos en la procesión y, por fin, el hecho que debía hacer degenerar el oficio de las Turbas. Otros conquenses quisieron figurar en las Turbas, desapareció el pago e incluso se pagó por pertenecer a ellas; pero como era ya no una representación pagada y de elementos responsables, sino un grupo que pagaba y se creía con derechos, la cosa fue convirtiéndose en desmán. Como está la cosa en la actualidad todo el mundo lo sabe, hasta la autoridad ha tenido que intervenir en alguna ocasión y el des

madre va en aumento y aquellos poquitos que desempeñaron tan bien su papel son hoy cientos de turbos que ya no tocan los difíciles instrumentos de boquilla y alcuza, sino tabales y trompetas, que no creo vengán demasiado al caso. Y aquel respeto primero ha sido desplazado por rotura de silencio y abundante lenguaje reñido con lo que debe ser una procesión, una representación santa. Y ahora sí que vuelve a hablarse de la procesión de los borrachos, quizás con razón, ya que se ven algunos turbos que ya, ya. De ayunar, nada; los bares pueden decirlo, y la consumición se hace vestido con sayal penitente, sean turbos o cofrades, igual.

Y hasta aquí lo que a los estudiantes madrileños puedo ofrecerles para enriquecer su trabajo, que les valga de algo es lo que deseo. Como lo he oído se lo transmito. Y a todos los que participan en las Turbas —que ya ven son causa de atención más allá de nuestras fronteras provinciales— aviven el seso y despierten a la realidad; las procesiones son manifestaciones rigurosas de fe y las Turbas son una participación de creyentes en el Drama, cuantos quieran de alguna manera convertir en jerga lo que dista mucho de serlo, deben ser apartados; las Turbas fueron en principio algo tan penitencial que a los que pertenecían se les consideraba poco menos que manchados de pecado —así lo creía la gente—. No vayamos ahora a ver en los turbos, con mayores razones, gentes empecatadas por lo que dicen y hacen en tan respetable representación. El hábito, en esta ocasión, no hace al monje, sino que es el monje el que puede deshacer el hábito. Cuidémonos, amigos.